

Richard Preston

ZONA CALIENTE



Traducción del inglés de
Antonio Juan Desmots Gutiérrez

Título original: *The Hot Zone*
Imagen de la cubierta: © SuperStock / Science Faction
Imágenes / age fotostock. Diseño de la cubierta: Compañía

Copyright del mapa: © David Lindroth Inc.

Copyright © Richard Preston, 1994
Copyright del prólogo © Richard Preston, 2014
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014

Traducción del prólogo de Ana Isabel Sánchez

Fragmentos de esta obra fueron publicados originalmente en *The New Yorker* y en *Esquire*

Agradecemos los siguientes permisos:

Dan W. Dalgard: fragmentos de «Chronology of Events», de Dan W. Dalgard.
Copyright © Dan W. Dalgard, 1989, 1994. Reproducido con permiso.
Karl M. Johnson: fragmento de la carta de Karl M. Johnson a Richard Preston.
Reproducido con permiso.
The Washington Post: fragmento de «Deadly Ebola Virus found in Va. Laboratory»,
de D'Vera Cohn (1 de diciembre de 1989). Copyright © *The Washington Post*, 1989.
Reproducido con permiso.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-644-8
Depósito legal: B-23.180-2014

1ª edición, octubre de 2014
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

*A Frederic Delano Grant, Jr.,
admirado por cuantos lo conocen*

El autor agradece encarecidamente la beca de investigación concedida por la Alfred P. Sloan Foundation.

«El segundo ángel derramó el cuenco en el mar y éste se volvió semejante a la sangre de un hombre muerto.»

Apocalipsis

Prólogo a la nueva edición

Mientras escribo esto, el virus del ébola está causando estragos entre la población de África Occidental. El brote de ébola de 2014 se ha convertido en el más explosivo y devastador que se haya visto en una enfermedad infecciosa emergente desde la aparición del VIH, el virus que provoca el sida, a principios de la década de 1980. El ébola se identificó por primera vez en 1976 durante un brote surgido en un pequeño hospital rural de Yambuku, Zaire (actualmente, República Democrática del Congo), cerca del río Ébola. Desde entonces, ha hecho acto de presencia en unas veinticinco ocasiones en forma de brotes poco importantes en zonas rurales del África ecuatorial, y ha acabado con la vida de un par de cientos de personas en el peor de los casos. En todas esas ocasiones, el virus terminó por remitir y desaparecer. Lo sofocaban médicos y personal sanitario que habían desarrollado métodos para contener su expansión, y resultaba tan destructivo que las víctimas no vivían lo suficiente para transmitirlo a muchas otras personas. En consecuencia, entre la comunidad científica se instauró la idea de que el ébola no era una gran amenaza para el mundo.

Se equivocaban.

Lo que nadie alcanzaba a entender del todo era que, si el ébola llegaba a las grandes ciudades de África, se convertiría en algo parecido a un incendio forestal. El resultado ha sido una apabullante y demoledora eclosión del virus entre la población humana. Hasta el momento, nadie tiene muy claro si se puede poner freno al ébola o cómo hacerlo. En cualquier caso, hace tiempo que se lo considera uno de los más espantosos y aterradores virus causantes de enfermedades en los seres humanos. Se conocen cinco tipos de ébola, además de un primo cercano, el virus de marburgo. Todos ellos viven, silenciosa y naturalmente, en alguna especie huésped desconocida en los bosques y las sabanas del África ecuatorial. El huésped natural del ébola, el animal al que este virus suele infectar, podría ser una especie de murciélago. También es posible que sea un insecto pequeño o un ácaro que viva en el cuerpo del murciélago, o incluso otra cosa que no se le haya ocurrido a nadie. No se sabe. De vez en cuando, y por razones desconocidas, el virus sale de su huésped natural e infecta a un humano, éste se lo transmite a otras personas y así comienza un brote de ébola.

El virus se transmite de una persona a otra por medio del contacto con el sudor, las heces, el vómito, la saliva, la orina o la sangre. Una persona contagiada suele producir muchos de estos fluidos de manera incontrolada, a menudo en grandes cantidades. En aproximadamente la mitad de los casos, se sufren hemorragias. A veces son abundantes, pero también pueden ser sutiles: pueden llegar a manifestarse como minúsculas gotas de sangre adheridas a los bordes de los párpados. Tal vez se padezcan hemorragias internas, invisibles excepto en los vómitos salpicados de sangre o en la «melena» (vómito negro). Cualquier persona que toque esos fluidos con las manos o la piel desnudas corre el riesgo de infectarse... Y el virus del ébola es extremadamente contagioso. Si una sola partícula de ese virus penetra en el torrente sanguíneo de una persona, el resultado puede ser

una infección mortífera. (Por el contrario, el VIH es mucho menos infeccioso. Es necesario que se introduzcan unas diez mil partículas de VIH en el torrente sanguíneo de una persona para que ésta contraiga el virus.) Hasta ahora, no existe ningún remedio confirmado para el ébola, ni ninguna vacuna que haya demostrado su efectividad.

Los investigadores que trabajan con ébola en sus laboratorios siempre llevan trajes de bioseguridad de cuerpo entero con un suministro de oxígeno a presión, y las instalaciones se encuentran selladas tras unas cámaras estancas que albergan duchas químicas. Esos laboratorios son conocidos como «zona caliente».

En estos mismos instantes, en África Occidental la zona caliente está por todas partes. Es invisible, difusa, letal. La zona caliente está en los brazos de las madres que cuidan a sus hijos enfermos de ébola. La zona caliente está en el interior de los hogares humildes habitados por personas desesperadas que tan sólo intentan ayudar a sus agonizantes seres queridos, y también en el círculo que rodea el cadáver de un joven tendido boca abajo en una calle sin asfaltar de Monrovia, Liberia, mientras la gente se aparta de él. El virus del ébola es, sobre todo, una catástrofe humana, un monstruo, un parásito oscuro, un fabricante inconsciente e insensible de un sufrimiento extremo a medida que se replica implacablemente dentro del cuerpo humano. Ahora mismo, el ébola es capaz de hacer que una ciudad o una comunidad parezca estar padeciendo una plaga medieval. Si queremos detenerlo, sólo podremos lograrlo con un gran esfuerzo por parte de la comunidad internacional, encabezada por los países desarrollados, que poseen el dinero y los recursos necesarios para enfrentarse a este enemigo de la especie humana. No nos equivoquemos: el ébola es un enemigo para todos nosotros. Si el virus cambiara, mutase de ciertas formas al saltar de un humano a otro, podría desarrollar la habilidad de

viajar a cualquier lugar del mundo, desde Bangladesh hasta Beverly Hills.

Este libro es narrativa de no ficción. Para simplificarlo: es una historia verdadera. Los personajes son reales; los acontecimientos son históricos, están documentados con precisión y contrastados hasta donde mi habilidad me lo ha permitido. Como autor de no ficción que soy, paso mucho tiempo con la gente sobre la que escribo para llegar a conocer sus personalidades, sus costumbres, sus métodos de trabajo, su aspecto físico, el sonido de sus voces, a quiénes aman, a quiénes odian, lo que comen e incluso lo que sueñan por las noches. A veces les formulo preguntas detalladas sobre lo que les pasaba por la cabeza en momentos cruciales de su vida. Esta última técnica me ha permitido generar la versión en no ficción del monólogo interior: qué está pensando una persona. Estos pasajes, como por ejemplo cuando la teniente coronel Nancy Jaax está bajo la ducha química vestida con su traje de bioseguridad y preguntándose si se le habrá colado sangre de mono infectada de ébola en el interior del mismo, han sido contrastados con las personas reales. En el caso de Nancy Jaax, ella se tomó la molestia de verificar el pasaje conmigo y me sugirió varios cambios mínimos para asegurarse de que mi descripción de sus pensamientos era, hasta donde alcanzaba su memoria, lo que ella recordaba que le venía a la mente mientras pensaba que podía morir de ébola.

En última instancia, los humanos no somos más que detalles en el hermoso y en apariencia infinito tapiz del universo natural. Apenas tenemos importancia en el gran panorama de la naturaleza. Somos un nudo de hebras casi imperceptible en el tapiz. A veces, nuestros esfuerzos y empeños por controlar la naturaleza resultan patéticos y egoístas, otras veces heroicos, y otras equivocados. Aun así, todas

mis obras tratan de la humanidad y su relación con la naturaleza, nuestras luchas, sufrimientos, alegrías, y los puntos que unen nuestras vidas, la sensación de que, como especie, merece la pena escribir sobre nosotros y de que la historia de toda persona es una historia que merece ser contada.

RICHARD PRESTON
Princeton, 18 de septiembre de 2014

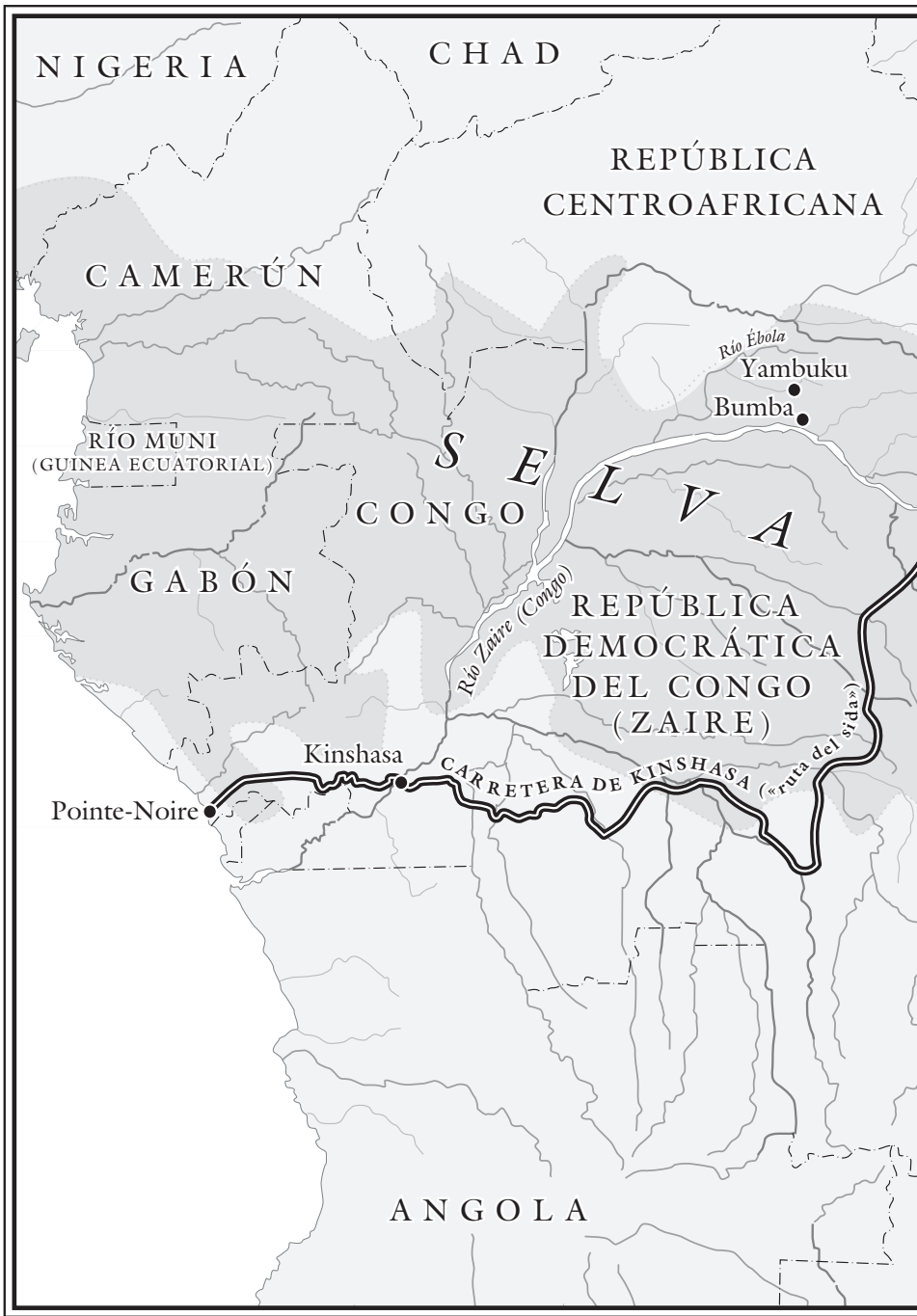
Nota al lector de la primera edición

Este libro no es una ficción. Lo que se cuenta ocurrió y las personas son reales. No obstante, he cambiado el nombre de algunos personajes, entre ellos los correspondientes a «Charles Monet» y «Peter Cardinal», y en ocasiones así lo he indicado en el texto.

Los diálogos se han reconstruido a partir de los recuerdos de los participantes. En determinados momentos describo los pensamientos de alguna persona. En estos casos me baso en entrevistas en que los participantes recordaban sus pensamientos, a menudo repetidas veces, entrevistas que iban seguidas de sesiones de verificación en que los individuos confirmaban sus recuerdos. Si se pregunta a una persona «¿En qué piensa?», probablemente se obtenga una respuesta más rica y reveladora de la condición humana que cualquier «flujo de conciencia» que los novelistas puedan imaginar. He intentado leer el pensamiento de las personas en su rostro y adentrarme en su vida a través de sus palabras, y lo que he encontrado supera todo lo imaginable.

Índice

<i>Prólogo a la nueva edición</i>	11
<i>Nota al lector de la primera edición</i>	17
PRIMERA PARTE	
La sombra del monte Elgón	25
SEGUNDA PARTE	
La casa de los monos	143
TERCERA PARTE	
La operación.....	249
CUARTA PARTE	
La cueva de Kitum	325
<i>Personajes principales</i>	359
<i>Glosario</i>	361
<i>Agradecimientos</i>	365
<i>Entrando en la zona caliente</i>	369



NIGERIA

CHAD

REPÚBLICA
CENTROAFRICANA

CAMERÚN

RÍO MUNI
(GUINEA ECUATORIAL)

S E L E V A
CONGO

Río Ébola
Yambuku
Bumba

GABÓN

REPÚBLICA
DEMOCRÁTICA
DEL CONGO
(ZAIRE)

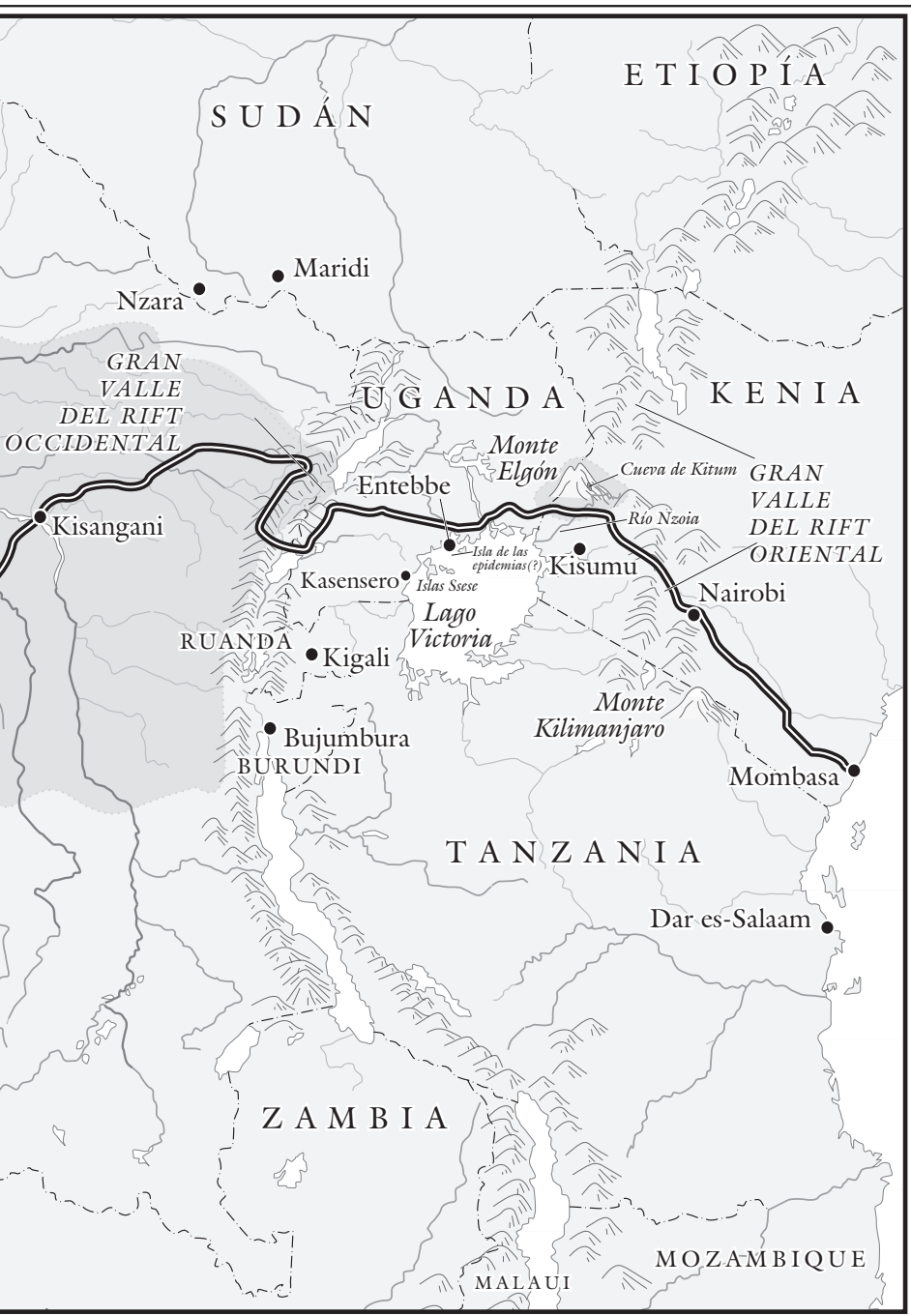
Río Zaire (Congo)

Pointe-Noire

Kinshasa

CARRETERA DE KINSHASA
«ruta del sida»

ANGOLA



ZONA CALIENTE

PRIMERA PARTE

La sombra del monte Elgón

Algo sucede en la selva

1 de enero de 1980

Charles Monet era un solitario. Vivía solo en una pequeña cabaña de madera en las tierras privadas de la Azucarera Nzoia, una plantación de Kenia Occidental que se extiende a lo largo del río Nzoia y desde la que se ve el monte Elgón, un inmenso y solitario volcán extinto que se eleva a 4.320 metros de altitud junto al borde de la gran fosa del valle del Rift. Se desconoce por qué Monet estaba en África. Como muchos otros expatriados que han terminado aquí, su historia resulta un poco oscura. Tal vez había tenido problemas en su país, Francia, o le seducía la belleza de Kenia. Era un naturalista aficionado, amante de los pájaros y los animales, pero no de la humanidad en general. Tenía cincuenta y seis años, era de estatura media y constitución mediana, de pelo castaño, lacio y uniforme. Un hombre apuesto. Al parecer sólo intimaba con mujeres que vivían en los pueblos de alrededor de la montaña, pero ni siquiera ellas supieron decir mucho sobre él a los médicos que investigaron su muerte. Su trabajo consistía en cuidar de la maquinaria que abastecía a la azucarera con el agua del río Nzoia, que regaba muchos kilómetros de plantaciones de

caña de azúcar. Estas mujeres cuentan también que Monet pasaba la mayor parte del día en la casa de la bomba de agua, que está junto al río, como si le gustara ver y oír el funcionamiento de las máquinas.

Como suele ocurrir en casos como éste, es difícil recomponer los detalles. Los médicos recuerdan los síntomas clínicos, porque nadie que haya visto los efectos de un agente activo de Nivel 4 en un ser humano puede olvidarlos, pero los efectos se acumulan hasta hacer desaparecer a la persona que hay debajo. El caso de Charles Monet aparece ante nosotros con la fría geometría de un hecho clínico vetado de relámpagos tan luminosos y perturbadores que retrocedemos parpadeando, como si estuviéramos frente a un sol extraño y descolorido.

Monet llegó al país en el verano de 1979, más o menos cuando el virus de la inmunodeficiencia humana, VIH, el causante del sida, salió definitivamente de las selvas de África Central e inició su largo recorrido por la especie humana. El sida ya había caído como una sombra sobre la población de África Central, aunque todavía nadie conocía su existencia. Se había ido extendiendo lentamente por la autopista de Kinshasa, la carretera que atraviesa el continente de este a oeste y pasa junto al lago Victoria, cerca del monte Elgón. El VIH es altamente mortal, pero no un agente altamente infeccioso de Nivel 2 de bioseguridad. No se transmite con facilidad de una persona a otra y tampoco se contagia por el aire. No es necesario ponerse un traje de bioseguridad para manipular sangre infectada con VIH.

Monet trabajaba mucho en la casa de la bomba de agua durante la semana, y los fines de semana y demás días festivos visitaba las zonas boscosas próximas a la azucarera. Llevaba comida, la esparcía y observaba cómo se la comían los pájaros y otros animales. Sabía quedarse absolutamente quieto mientras observaba a un animal. Quienes lo conocieron recordaban que era un apasionado de los monos

salvajes, que se daba una especial maña con ellos. Contaban que se sentaba con un poco de comida y que los monos se le acercaban y comían de su mano.

Por la noche, se quedaba solo en su cabaña. Tenía una mujer, Johnnie, que cuidaba de la casa, limpiaba y le cocinaba. Monet estaba aprendiendo por su cuenta a identificar las aves africanas. En un árbol próximo a su casa había una colonia de tejedores, y él observaba cómo construían y conservaban sus nidos en forma de bolsa. Al parecer, un día cercano a Navidad metió un pájaro enfermo en su casa y allí murió, quizá en sus propias manos. El pájaro tal vez fuese un tejedor —nadie lo sabe— y tal vez muriera de un virus de Nivel 4 —tampoco lo sabe nadie.

También tenía amistad con un cuervo moteado, un pájaro blanco y negro que a veces los africanos adoptan como animal doméstico. El cuervo era sociable e inteligente, y le gustaba encaramarse en el tejado de la cabaña de Monet para contemplarlo trajinar. Cuando tenía hambre, el cuervo se posaba en el porche y entraba en la casa, y Monet le daba restos de comida.

Todas las mañanas, para ir a trabajar, Monet cruzaba a pie los campos de caña, un trayecto de tres kilómetros. Aquella Navidad, los peones de la zafra habían estado quemando los campos, que se veían entonces chamuscados y negros. Al norte del paisaje carbonizado, a unos cuarenta kilómetros de distancia, Monet distinguía el monte Elgón. El aspecto de la montaña siempre cambiaba debido al mal tiempo y la tenebrosidad, la lluvia y el sol, el espectáculo de la luz africana. Al amanecer, se exhibía como una acumulación desordenada de aristas grises que desaparecían en la niebla, culminando en una cumbre con dos picos, los labios opuestos del erosionado cráter. Conforme el sol ascendía, la montaña se tornaba de un verde plateado, el color de la vegetación del monte Elgón, y, a medida que avanzaba el día, aparecían nubes que ocul-

taban la montaña. Más entrada la tarde, con la puesta de sol, las nubes se espesaban y se transformaban en cúmulos con forma de yunque. La parte inferior era del color del carbón y la superior se encendía de un naranja tenue al iluminarse con el sol poniente; por encima de las nubes, el cielo era de un azul intenso y brillaban unas cuantas estrellas tropicales.

Monet tenía amigas en el pueblo de Eldoret, al sur de la montaña, donde la gente es pobre y vive en chozas de tablones y chapa. Él les daba dinero y ellas, a cambio, le daban amor de buena gana. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, Monet hizo planes para acampar en el monte Elgón e invitó a una de sus amigas. Nadie parece acordarse del nombre de esa mujer.

Monet y su amiga circularon en un Land Rover por la carretera recta de tierra roja que lleva al risco de Endebess, un peñasco sobresaliente situado en la cara oriental del volcán. La carretera era de polvo volcánico del color de la sangre seca. Ascendieron por el pie del volcán y atravesaron los maizales y las plantaciones de café, tras los cuales se hallaban los pastizales, donde la carretera discurría junto a unas granjas coloniales inglesas medio en ruinas y ocultas detrás de hileras de eucaliptos. El aire se hacía más frío conforme iban subiendo, y entre los cedros aleteaban algunas águilas de penacho. No hay muchos turistas que visiten el monte Elgón, de modo que, probablemente, el de Monet y su amiga era el único vehículo que circulaba por la carretera, aunque sí que debía de haber muchos peatones, lugareños que se encargaban de cultivar las pequeñas fincas de las laderas bajas de la montaña. Se acercaron al deshilachado borde exterior de la selva, atravesando franjas e islas de árboles, y pasaron frente al Hostal Monte Elgón, construido por unos ingleses a principios del siglo XX y ya bastante destruido, con los muros agrietados y la pintura desconchada a resultas del sol y la lluvia.

El monte Elgón se eleva en la frontera entre Uganda y Kenia, cerca de Sudán. La montaña es una isla biológica de selva tropical en el centro de África, un mundo aislado que se alza sobre las planicies secas, unos ochenta kilómetros alfombrados de árboles, bambúes y brezales alpinos. Es una protuberancia en la columna vertebral de África Central. El volcán nació hace entre siete y diez mil años, y produjo violentas erupciones y explosiones de ceniza que aniquilaban los bosques que crecían en sus laderas, hasta alcanzar una extraordinaria altura, tal vez superior a la del Kilimanjaro. Antes de que el monte Elgón fuera rebajado por la erosión, puede que fuese la montaña más alta de África. En cualquier caso, sigue siendo la más ancha. Cuando sale el sol, la sombra del Elgón se proyecta hacia el oeste y penetra en Uganda, y cuando se pone, la sombra alcanza el este de Kenia. Su sombra abarca aldeas habitadas por los masái de Elgón, pastores que llegaron del norte, se asentaron alrededor de la montaña hace varios siglos y hoy son ganaderos. Las faldas bajas de la montaña disfrutaban de lluvias suaves, la atmósfera se mantiene fría y fresca, y el suelo volcánico produce abundantes cosechas de maíz. Las aldeas forman un círculo de asentamientos humanos alrededor del volcán, un lazo que está estrangulando el ecosistema de la montaña. La selva se despeja, los gigantescos árboles se talan para hacer leña y crear tierras de pastos, y los elefantes están desapareciendo.

Una pequeña parte del monte Elgón es parque nacional. Monet y su amiga se detuvieron en el acceso al parque para abonar las entradas. Un mono, tal vez un mandril —nadie se acuerda—, solía colgarse alrededor de la verja, a la espera de regalos, y Monet lo atrajo a su hombro ofreciéndole un plátano. Su amiga se echó a reír, pero los dos guardaron silencio mientras el animal comía. Ascendieron un poco más por la montaña y plantaron la tienda en un calvero de hierba verde y húmeda que descendía hacia un

arroyo. Éste rumoreaba por la selva y era de un color raro, lechoso, con polvo volcánico.

La vegetación del monte Elgón se alzaba alrededor de la tienda, una telaraña de olivos africanos deformes, perladados de olivas venenosas para los humanos, y de los que colgaban musgo y enredaderas. Oían el rumor de los monos y el zumbido de los insectos. Bandadas de estorninos salían como una explosión de los árboles y descendían de costado a una velocidad increíble; su estrategia para escapar del halcón, que los embiste desde arriba y les desgarras las alas. Había alcanforeros y tecas, cedros africanos y árboles rojizos y hediondos, y aquí y allá, por encima de la bóveda vegetal, sobresalían nubes verdinegras de hojas colonizadas por los hongos. Eran las copas de los podocarpos, el mayor árbol africano, casi tan grande como la secuoya californiana. Había miles de elefantes en la montaña y se los oía moverse por la selva, armando un gran alboroto cuando pelaban las cortezas y quebraban los renuevos de los árboles. Los monos colobos correteaban por el prado próximo a la tienda, mirándolos con ojos atentos e inteligentes.

Aquella tarde iba a llover, como es habitual en el monte Elgón, así que tal vez se quedaron en la tienda e hicieron el amor mientras los truenos estremecían la lona. Fue oscureciendo. Encendieron el fuego y prepararon la comida. Era 31 de diciembre. Quizá lo celebraron tomando champán, las nubes escamparon en pocas horas y el volcán surgió como una sombra negra bajo la Vía Láctea. Puede que a medianoche Monet saliese a contemplar las estrellas, tambaleándose a causa de la bebida.

La mañana del 1 de enero, poco después del desayuno —una mañana fría, por debajo de los cinco grados, la hierba mojada y también fría—, Monet y su amiga ascendieron por la montaña, conduciendo por un camino embarrado, y aparcaron en un pequeño valle situado debajo de la cueva de Kitum.

Se abrieron paso por la maleza, valle arriba, en dirección a la cueva, siguiendo las sendas de los elefantes que serpenteaban junto al arroyuelo que corría entre hileras de olivos y prados. Iban atentos a los búfalos africanos, ya que de cerca pueden ser animales peligrosos. La cueva se abría en el extremo superior del valle, y el arroyo formaba una cascada que cubría la entrada. El sendero de elefantes llegaba hasta ella y seguía hacia el interior. Monet y su amiga pasaron allí todo el día de Año Nuevo. Probablemente llovía y se sentaron durante horas en la entrada. Mirando al otro lado del valle, debieron de contemplar los elefantes y ver damanes roqueros —un animal peludo del tamaño de una marmota americana— corriendo arriba y abajo por los peñascales próximos a la cueva.

Hay manadas de elefantes que por la noche van a la cueva de Kitum en busca de minerales y sales. En las llanuras, no les cuesta encontrar sal en el subsuelo y en los charcos de agua secos, pero en la húmeda selva la sal es un bien precioso. La cueva es lo bastante grande para acoger hasta setenta elefantes, y éstos pasan la noche dentro, adormecidos de pie o excavando la roca con los colmillos. Hurgan y arrancan piedras de las paredes, que machacan entre los dientes para tragarse los trocitos. Los excrementos de elefante que hay alrededor de la cueva están salpicados de roca desmenuzada.

Monet y su amiga llevaban linternas y penetraron en la cueva para ver adónde conducía. La boca de la cueva es enorme —cincuenta metros de anchura— y dentro aún se ensancha más. Cruzaron un terreno llano con excrementos secos de elefante, tropezando al andar entre los montones. La luz disminuía y el suelo de la cueva se elevaba formando una serie de cornisas cubiertas de cieno verde. El cieno era guano de murciélago, la materia vegetal digerida y excretada por la colonia de murciélagos de la fruta que había en el techo.

Los murciélagos aleteaban al salir de los agujeros y fluctuaban intermitentes a la luz de las linternas, rodeando y eludiendo sus cabezas, lanzando chillidos agudos. El haz de las linternas molestaba a los animales y cada vez se despertaban más. Cientos de ojos semejantes a rubíes los miraban desde el techo. Oleadas de chillidos lo recorrían y resonaban de un lado a otro, un ruido seco, una especie de graznido, como de puertecillas con goznes chirriantes. Vieron lo más hermoso de la cueva de Kitum: una selva petrificada. En las paredes y el techo sobresalen los troncos fosilizados. Hace unos siete millones de años, una erupción del monte Elgón sepultó la selva bajo las cenizas, y los troncos acabaron transformados en ópalo y cuarzo. Los troncos estaban rodeados de cristales, alfileres blancos de mineral que sobresalían de la piedra, tan puntiagudos como agujas hipodérmicas, y brillaban a la luz de las linternas.

Monet y su amiga anduvieron por la cueva, enfocando el bosque petrificado. ¿Pasaría Monet la mano por los árboles de piedra y se pincharía los dedos con algún cristal? Encontraron huesos petrificados que también sobresalían del techo y las paredes: huesos de cocodrilo, de hipopótamos y de antepasados de los elefantes. También había arañas, que colgaban de sus telas entre los troncos y comían mariposas nocturnas e insectos.

Llegaron a una suave cuesta donde la cámara principal medía más de cien metros de anchura, superior a la longitud de un campo de fútbol. Encontraron una grieta y apuntaron las linternas al fondo. Había algo raro allí abajo: un amasijo de materia gris y pardusca. Eran cadáveres momificados de elefantes pequeños. Cuando los paquidermos recorrían la cueva de noche, se orientaban por el tacto, palpando el suelo con la punta de la trompa, y a veces los pequeños caían en alguna grieta.

Monet y su amiga siguieron internándose en la cueva, bajando una pendiente, hasta un pilar que parecía sostener

el techo. Estaba cubierto de acanaladuras, señales de colmillos de elefante: los animales habían rascado la piedra para extraer la sal. Si los elefantes continúan socavando la base del pilar, es posible que a la larga se desmorone y el techo de la cueva de Kitum se hunda. Al fondo encontraron otro pilar, pero estaba roto. Encima colgaba una masa aterciopelada de murciélagos que habían cubierto el pilar de guano negro, distinto del cieno verde que habían encontrado en la boca de la cueva. Estos murciélagos eran insectívoros y ese guano se componía de insectos digeridos. ¿Introdujo Monet la mano en el limo?

La mujer estuvo desaparecida durante varios años tras aquel viaje al monte Elgón con Charles Monet. Luego, de improviso, reapareció en un bar de Mombasa, donde ejercía de prostituta. Un médico keniano que había investigado el caso Monet fue por casualidad a tomar una cerveza a aquel bar, trabó conversación con ella y mencionó el caso de Monet. Se quedó pasmado cuando ella dijo: «Sé de lo que habla. Soy de Kenia. Soy la mujer que iba con Charles Monet.» Él no la creyó, pero la mujer le contó la historia con tanto detalle que lo convenció. Después del encuentro en el bar, la mujer se desvaneció en los populosos barrios de Mombasa. A estas alturas es probable que haya muerto de sida.

Charles Monet regresó a la casa de la bomba de agua. Iba todos los días al trabajo recorriendo a pie los campos de caña quemados, admirando la vista del monte Elgón, y cuando la montaña quedaba oculta por las nubes, tal vez sintiera su influencia como la fuerza de la gravedad de un planeta invisible. Mientras tanto, algo se multiplicaba en su organismo. Una forma de vida había colonizado a Charles Monet y comenzaba a replicarse.

El dolor de cabeza empezó, como suele ser habitual, el séptimo día después de la exposición al agente. Y el sépti-

mo día tras la visita a la cueva de Kitum —es decir, el 8 de enero de 1980—, Monet sintió un dolor palpitante detrás de los globos oculares. Decidió no ir al trabajo y quedarse en casa, y se acostó. El dolor de cabeza empeoró. Le dolían los ojos y más tarde las sienes, le daba la sensación de que el dolor rotaba dentro de su cabeza. No se lo quitaría una aspirina. Después tuvo un fuerte dolor de espalda. La mujer que le hacía las faenas, Johnnie, seguía de vacaciones y Monet había contratado provisionalmente a otra. Ésta procuró cuidarlo, pero la verdad es que no sabía qué hacer. Luego, al tercer día de haberse iniciado el dolor de cabeza, tuvo náuseas, una intensa fiebre y empezó a vomitar. Los vómitos fueron copiosos al principio, pero luego se redujeron a arcadas secas. Al mismo tiempo, se volvió extrañamente pasivo. Su rostro, inexpresivo, fue perdiendo toda apariencia de vida. Tenía los ojos saltones, la mirada fija y los párpados algo caídos, lo que le confería un aspecto extraño. Los globos oculares casi parecían congelados en las cuencas y se enrojecieron. El cutis se le fue poniendo amarillento y comenzaron a salirle manchas rojas y brillantes. Empezaba a parecer un zombi. Su aspecto asustó a la asistente provisional, que no comprendía la transformación de aquel hombre. A Monet le cambió la personalidad. Se volvió hosco, resentido, colérico y parecía haber perdido la memoria. No deliraba. Respondía a las preguntas, pero no parecía saber dónde estaba exactamente.

Como Monet no acudía al trabajo, sus compañeros se inquietaron y al final fueron a su cabaña a ver si le pasaba algo. El cuervo blanco y negro estaba posado en el tejado y los contempló mientras entraban. Cuando vieron a Monet, pensaron que necesitaba ir al hospital. Dado que estaba muy desmejorado y no podía conducir, un compañero lo llevó al hospital privado de la ciudad de Kisumu, a orillas del lago Victoria. Los médicos lo examinaron, pero no encontraron explicación a lo que estaba ocurriéndole en

los ojos, el rostro y la cabeza. Pensando que se trataba de alguna infección bacteriana, le inyectaron antibióticos, pero éstos no surtieron el menor efecto.

Entonces aconsejaron trasladarlo a Nairobi, al mejor hospital privado de África Oriental. Las líneas telefónicas apenas funcionaban y no parecía necesario dar aviso de que lo enviaban. Monet todavía podía andar y parecía valerse para viajar solo. Tenía dinero y entendió que debía ir a Nairobi. Lo enviaron en taxi al aeropuerto y embarcó en un vuelo de Kenya Airways.

Un virus «caliente» procedente de la selva sobrevive a las veinticuatro horas que tarda un avión en llegar a cualquier aeropuerto del planeta. Todas las ciudades de la Tierra están conectadas por una maraña de rutas aéreas. La maraña es una red articulada. Una vez que un virus entra en esta red, puede llegar a cualquier parte en un día: París, Tokio, Nueva York, Los Ángeles, a dondequiera que vayan los aviones. Charles Monet y la forma de vida que llevaba en su seno habían entrado en la red.

El avión era un Fokker Friendship con motores de hélice, un aparato para vuelos nacionales con capacidad para treinta y cinco pasajeros. Despegó sobre el lago Victoria, azul y resplandeciente, punteado por las piraguas de los pescadores. Viró y se ladeó hacia el este, remontando las colinas verdes y alfombradas de plantaciones de té y pequeñas granjas.

Los vuelos nacionales que atraviesan África suelen ir atestados de viajeros y probablemente éste iba lleno. El avión pasó por encima de las zonas selváticas, los conjuntos de chozas tradicionales y las aldeas de tejados de hojalata. De repente la tierra se hundió, se perdió en lechos rocosos y barrancos, pasando del color verde al pardo. El avión estaba atravesando la gran fosa del valle del Rift. Los pasajeros contemplaron por las ventanillas el lugar donde había nacido la especie humana. Vieron chozas arracimadas en

claros circulares rodeados de maleza, con los senderos del ganado irradiando desde el centro. Los motores zumbaban, el Friendship atravesó un cúmulo de nubes, las nubes algodonosas del Rift, y comenzó a dar saltos y balancearse. Monet se mareó.

Los asientos de los aviones destinados a vuelos nacionales son estrechos y apretados, y uno ve todo lo que ocurre alrededor. La cabina de pasajeros es hermética y el aire circula por un circuito cerrado. Si hay olores en el aire, uno los percibe. Y no se puede ignorar a un pasajero que se marea y se encorva en su butaca. Algo malo le pasa, pero no se sabe exactamente qué.

Se lleva a la boca la bolsa para el vómito. Tiene un espasmo de tos y regurgita algo. La bolsa se hincha. Tal vez la persona mareada mire en derredor y entonces vemos que tiene los labios manchados de algo viscoso y rojizo, con motas negras, como si estuviera masticando café molido. Tiene los ojos enrojecidos y el rostro surcado de cardenales. Los puntos rojos, que aparecieron hace varios días como manchas estrelladas, se han extendido y se unen formando zonas moradas: la cabeza se le está poniendo negra y azul. Los músculos de la cara se le han aflojado. El tejido conectivo del rostro se está disolviendo y la cara parece colgar de los huesos que hay debajo, como si el rostro se estuviera separando de la calavera. Abre la boca y el vómito prosigue interminablemente. No se detendrá, sino que el hombre seguirá echando líquido mucho después de habérsele vaciado el estómago. La bolsa para el mareo está llena hasta el borde de una sustancia llamada «vómito negro». El vómito negro no es en realidad negro, sino un líquido de dos colores, negro y rojo, una mezcla de gránulos alquitranados y sangre arterial. Es una hemorragia y huele a matadero. El vómito negro está cargado de virus y es sumamente infeccioso, mortalmente «caliente», un líquido que asustaría a un especialista en riesgos biológicos militares. El olor del vó-

mito invade la cabina de pasajeros. La bolsa para el mareo rebosa vómito negro, así que Monet la cierra y dobla el borde. La bolsa está hinchada, amenaza con desbordarse y Monet se la entrega a una azafata.

Cuando un virus caliente se multiplica dentro del organismo huésped, puede saturar el cuerpo desde el cerebro hasta la piel. En ese caso, los especialistas militares dicen que el virus ha sufrido una «amplificación extrema». Nada que ver con un resfriado normal. Cuando la amplificación extrema toca techo, las gotas de sangre de la víctima pueden contener millones de unidades víricas. Durante este proceso, parte del cuerpo se transforma en unidades víricas. En otras palabras, el organismo huésped está poseído por una forma de vida que trata de convertirlo en un doble de sí misma. La transformación no se consume del todo, sin embargo, y el resultado final es una gran cantidad de carne licuada mezclada con virus, una especie de accidente biológico. La amplificación extrema es lo que le ha ocurrido a Monet, y el síntoma es el vómito negro.

Monet está rígido, como si cualquier movimiento fuese a romper algo en su interior. La sangre se le está coagulando: la circulación sanguínea va arrastrando coágulos y éstos se van alojando en todas partes. El hígado, los riñones, los pulmones, las manos, los pies y la cabeza comienzan a saturarse de coágulos de sangre. De hecho, está sufriendo una apoplejía múltiple. Los coágulos se acumulan en los músculos intestinales, cortando el abastecimiento de sangre a los intestinos. Los músculos intestinales claudican, los intestinos se relajan y se sueltan. Monet no parece ya consciente del dolor, porque los coágulos alojados en el cerebro le bloquean la circulación. Las lesiones cerebrales borran su personalidad. La viveza y los detalles de su carácter desaparecen y el individuo se convierte en una especie de autómatas. Pequeñas parcelas del cerebro se están disolviendo. Las funciones superiores de la conciencia son las primeras en

sucumbir, quedando vivas y en funcionamiento las partes profundas del cerebro (el primitivo cerebro de rata, el cerebro reptiliano). Podría decirse que *quien* era Charles Monet ha muerto, mientras que *lo* que fue sigue vivo.

El ataque de vómitos parece haber roto algunos vasos sanguíneos de la nariz. La sangre le mana por las ventanas nasales, un líquido arterial, brillante y sin coágulos que le chorrea por los labios y el mentón. La sangre no se coagula y sigue manando. Una azafata le entrega pañuelos de papel, que Monet utiliza para obstruirse la nariz, pero la sangre sigue sin coagular y las toallitas se empapan.

Cuando en un avión tenemos la impresión de que nuestro compañero de asiento se está muriendo, puede que nos dé apuro preguntarle sobre el problema. Nos decimos que el hombre debe de estar bien. Seguramente no soporta volar: el pobre se ha mareado, y además en los aviones la gente suele sangrar por la nariz, dado lo enrarecido y la sequedad del aire... Entonces le preguntamos, en voz baja, si podemos ayudarle. El otro no responde, o bien farfulla algo que no alcanzamos a discernir, de modo que procuramos no darnos por aludidos. El vuelo se nos hace interminable. El Friendship zumba entre las nubes, paralelo a la gran fosa del valle del Rift, y Monet se hunde en el asiento, como si estuviese echando una cabezadita... Dios mío, ¿se habrá muerto? No, no se ha muerto. Se mueve. Abre los ojos y los mueve un poco.

Es última hora de la tarde y el sol está descendiendo tras las colinas al oeste del valle del Rift, lanzando cuchillos de luz en todas direcciones. El Friendship hace un suave viraje y atraviesa el acantilado oriental del Rift. La tierra vuelve a subir y cambia de color, del pardo al verde. Pocos minutos después, el avión toma tierra en el Aeropuerto Internacional Jomo Kenyatta. Monet se despierta solo. Puede andar todavía. Se pone de pie, empapado. Desciende tambaleándose por la pasarela hasta la pista de aterrizaje.

Su camisa es un guñapo rojizo. No lleva equipaje. Su único equipaje es interior y va lleno de virus. Monet se ha transformado en una bomba vírica. Anda despacio hasta la terminal y prosigue, atravesando el edificio, hasta la curva de la carretera donde siempre hay taxis aparcados. Los taxistas lo asedian: «¿Taxi?» «¿Taxi?»

—Hospital... Nairobi... —murmura.

Un taxista lo ayuda a subir al coche. A los taxistas de Nairobi les gusta charlar con los clientes y éste probablemente le pregunta si está enfermo. La respuesta parece obvia. Monet se encuentra un poco mejor, porque ahora tiene el estómago pesado, embotado e hinchado, como si hubiera comido, en lugar de vacío, retorcido y ardiendo.

El taxi sale a la autopista de Uhuru y enfila hacia Nairobi. Atraviesa tierras de pastos tachonadas de acacias, pasa por delante de las fábricas, llega a una gran plaza y se adentra en la bulliciosa vida urbana. Las multitudes se arremolinan en los arcenes, las mujeres desfilan por senderos de tierra batida, los hombres remolonean, los niños van en bicicleta, un zapatero remendón se afana junto a la carretera, un tractor arrastra un remolque cargado de carbón. El taxi gira a la izquierda por Ngong Road, atraviesa un parque y entra en los jardines del hospital de Nairobi. Aparca en el espacio para taxis junto a un quiosco de flores. Al lado de una puerta de cristal, un letrero reza: «URGENCIAS». Monet paga la carrera y se apea del taxi. Abre la puerta de cristal, se dirige a la ventanilla de recepción y dice que se encuentra muy mal. Tiene dificultad para hablar.

Está sangrando y lo admiten al cabo de un momento. Debe esperar hasta que avisen al médico, pero éste lo examinará enseguida, no se preocupe. Se sienta en la sala de espera.

Es una habitación pequeña, llena de bancos acolchados. La luz antigua, límpida y fuerte de África entra por una serie de ventanas, cae sobre una mesita donde se

amontonan revistas viejas y forma rectángulos en el suelo gris, que tiene un desagüe en el centro. La habitación huele ligeramente a sudor y humo de leña, y está atiborrada de personas de ojos hinchados, africanos y europeos, sentadas codo con codo. En Urgencias siempre hay alguien que se ha hecho un corte y acude a que le den unos puntos. La gente espera con paciencia, apretándose un trapo contra el hombro o un vendaje manchado de sangre en un dedo. Así que Charles Monet se sienta en un banco y no parece muy distinto de los demás, salvo por el color violáceo de su rostro inexpresivo de ojos enrojecidos. En la pared, un letrero advierte a los pacientes que tengan cuidado con los ladrones y otro reza:

SILENCIO por favor. Gracias.

Esto es URGENCIAS.

Los casos más aparatosos tienen prioridad.

Esperen a ser llamados por su nombre.

Monet guarda silencio y también espera. De pronto entra en la última fase. La bomba vírica explota. Los especialistas militares en riesgos biológicos tienen fórmulas para describir este hecho: dicen que la víctima «colapsa y se deshace en sangre», o bien, que la víctima «se desmorona».

Monet se marea y se siente muy débil, la columna se le dobla y pierde el sentido del equilibrio. La habitación gira y gira a su alrededor. Está entrando en estado de *shock*. Se inclina hacia delante, la cabeza entre las rodillas, gime y sufre un violento vómito de sangre que se desparrama por el suelo. Pierde la conciencia y se cae. El único sonido que emite es el de las arcadas mientras sigue vomitando, ya inconsciente. Luego se oye un ruido, como de una sábana que se rasga; es el que producen los intestinos cuando el esfínter se abre y expulsa sangre por el ano. La sangre va

mezclada con revestimiento intestinal. Se ha desprendido de las tripas. Monet ha colapsado y se deshace en sangre.

Los demás pacientes de la sala se incorporan y se alejan del hombre que hay tirado en el suelo. Los charcos de sangre se extienden alrededor de Monet. Una vez que ha destruido el organismo huésped, el agente sale por todos los orificios, en busca de otro organismo.